

---

PAFNUCIO BUBALO, SACERDOTE Y SOLITARIO <sup>1</sup>.

Este Pafnucio llevó por sobrenombre Búbalo ó Búfalo á causa de su grande amor á la soledad, pues el Búfalo gusta del desierto. Era muy joven cuando abrazó la vida monástica. Determinóse á ella principalmente por las exhortaciones de San Antonio y por el ejemplo de sus virtudes. Casiano, que tuvo la dicha de conversar con él en su viaje á Sceté, contó de él cosas admirables.

Despues de haberse enriquecido con ciencia y con toda suerte de virtudes en el monasterio en que al principio habia entrado, despues de haber practicado en la última perfeccion todos los ejercicios de los religiosos y todos los santos reglamentos, que los más antiguos de los padres establecieron, su celo y el deseo de adelantarse más y más en la virtud le hizo buscar el fondo de un desierto.

Antes de que se retirase enteramente, quiso Dios probar su paciencia de una manera muy sensible; y por su fidelidad en sufrir esta prueba, adquirióse una reputacion en el espíritu de sus hermanos que le levantó tanto á sus ojos quanto al principio le habia humillado la calumnia. Contaremos á lo largo su historia segun nos la trae Casiano; ella hace demasiado honor á la virtud de Pafnucio para abreviar su relacion. Del abad Piammon habíala aprendido Casiano.

« El santo abad Pafnucio brillaba de tal manera por su virtud desde su primera juventud, que los más grandes

<sup>1</sup> Casiano.

hombres de aquel tiempo admiraban su gravedad y su valor, y le igualaban á los más virtuosos y ancianos de ellos, entre los cuales le dieron lugar. La envidia que animó otras veces á los hermanos de José, quemó con el mismo fuego el corazon de uno de nuestros solitarios. Resolvió desacreditarle y empañar el brillo de su reputacion por alguna vergonzosa mancha, y con este designio se valió de la siguiente malicia. Tomó para ello ocasion en un dia de domingo, cuando Pafnucio estaba fuera de su celda para ir á misa, de entrar en ella en secreto, llevóse allí su libro que escondió diestramente debajo de una especie de estera que tenia costumbre de hacer de hojas de palma, y asegurándose del resultado de aquella artimaña que tan maliciosamente habia concertado, fuése á la iglesia con los demás como si hubiese tenido la más pura é inocente conciencia del mundo.

« Despues que se hubieron acabado los santos misterios con la solemnidad acostumbrada, aquel calumniador llevó su queja en presencia de todos los hermanos al santo abad Isidoro, que era antes de Pafnucio el sacerdote de aquel desierto. Aseguró delante de todos que habian ido á robarle en su celda, y que se le habian llevado el libro. Esta queja introdujo la sorpresa y la admiracion en el espíritu de todos los hermanos, y principalmente de aquel santo sacerdote. Permanecieron suspensos sobre lo que tenian que hacer ó resolver, ó sobre quién podian recaer sospechas en esta ocasion. Y como todo el mundo se hallaba en la turbacion é incertidumbre de la novedad de un tan gran crimen, aquel infeliz delator insistió obstinadamente, y suplicó á Isidoro que retuviese á todos los hermanos en la iglesia mientras que se enviarian algunos de ellos á registrar las celdas de los demás. El sacerdote Isidoro deputó para esto á tres de los más antiguos solitarios que fueron de fila en fila por todas las celdas á echar por tierra

hasta las camas y registrar todos los muebles. Llególe su turno á la celda de Pafnucio, en la que se halló finalmente entre sus esteras de palma el libro por el cual se estaba en pena, y que el mismo que lo pedia habia ocultado allí. Aquellos buenos viejos vuelven al instante á la iglesia muestran en presencia de todos el libro que traian consigo, y nombran la celda en que habia sido hallado.

Pafnucio no dejó aparecer la sorpresa en esta ocasion ; y aun cuando su conciencia le puso en seguridad, sin embargo quiso reconocerse culpable de aquel crimen. Sometióse á la satisfaccion que se le quisiese exigir y pidió muy humildemente que se le recibiese á la penitencia. Con este comportamiento quiso disimular su modestia y su pudor, por miedo de que negando este hurto no se le creyese tambien culpable de mentira, puesto que nadie podia pensar en esto otra cosa que lo que habia visto con sus propios ojos. Salió pues prontamente de la iglesia, teniendo el espíritu no abatido, sino lleno de confianza en Dios que todo lo sabe. Ofrecióle sus oraciones con gran abundancia de lágrimas. Redobló sus ayunos que prolongaba hasta el tercer dia, humillóse profundamente delante de todo el mundo. Pasó de esta manera casi dos semanas, durante las cuales se conservaba en una tan gran contricion de espíritu y de cuerpo, que solo iba muy de mañana á la iglesia en los mismos dias del sábado y domingo para postrarse en la puerta de la iglesia y pedir misericordia, y no para recibir la comunión con los demás. Pero Dios que todo lo conoce y que es testigo de lo que pasa en el fondo de los corazones, dió pronto á conocer la verdad, y no permitió por más tiempo que aquella inocente víctima, ó se atormentase tan cruelmente á sí misma, ó fuese tan injustamente difamada por todo el mundo. Hizo resplandecer su justicia contra aquel desdichado que habia sido el autor de un tan gran crimen, que se habia robado á si mismo el libro para hacer

de ello culpable á otro y para empañar la pureza de su virtud con una tan negra calumnia, y dió á conocer delante de todo el mundo el pecado que habia cometido en secreto, por el diablo mismo que se lo habia hecho cometer.

« Porque habiendo estado al mismo tiempo poseido por un demonio muy cruel, aquel espíritu de malicia se vió obligado á descubrir esta obra de tinieblas y mentira, y fué el testigo y el acusador del mismo crimen de que habia sido inventor. Aquel espíritu impuro le atacó tan violentamente y le atormentó con tanta obstinacion, que no pudo ser echado por las oraciones de los más santos solitarios de aquel desierto, á quien Dios habia dado en recompensa de su piedad el poder de mandar á los diablos. El mismo santo sacerdote Isidoro nada pudo en esta ocasion, á pesar de que habia él recibido de Dios una gracia tan grande para echar los demonios del cuerpo de los posesos, que los más furiosos ni siquiera aguardaban para salirse de él que dirigiesen sus pasos hacia su celda. Jesucristo reservaba esta gloria al joven Pafnucio ; y no quiso curar á aquel impostor sino por las oraciones de aquel á quien habia ennegrecido con sus calumnias. Vióse á aquel envidioso y cruel solitario invocar en alta voz el nombre de aquel al cual habia querido desacreditar con sus maledicencias, y suplicarle que le perdonase su falta y que le procurase el fin de su pena.

« Este fué, concluye el abad Piamon, contando esto á Casiano y á Germano, como el primer ensayo de la alta virtud de Pafnucio, el cual, habiendo parecido tan admirable en su juventud, creció todavia más y más por la serie de sus actos y la madurez de su edad. »

Como no respiraba más que Dios, aun entonces en que estaba todavia en el monasterio en medio de sus hermanos, quiso con su retiro en el desierto ponerse en estado de gozar de él más íntimamente, y de no hallarse en lo sucesivo separado de él por la compañía y familiaridad de ningun

hombre. Señaló también su fervor extraordinario en aquella soledad, y sobrepujó tanto por su ardor y por el deseo de esta continua aplicación á Dios, á los demás anacoretas de aquel desierto, cuanto había ya sobrepujado á sus hermanos en el monasterio.

Huía el ser visto de nadie; para esto se iba á los lugares más escondidos, perdidos ó inaccesibles de aquellos desiertos. En ellos estaba mucho tiempo oculto, á fin de que hasta los anacoretas, tuviesen dificultad de encontrarle. Se cree que todos los días tenía el consuelo de gozar en su retiro de la compañía de los ángeles; y la admiración de una virtud tan rara y extraordinaria, hizo que se le diese el nombre de un animal, que ama extraordinariamente la soledad.

Por esta conducta tan rara y desatada de todo, Pafnucio se hizo igualmente perfecto en las virtudes propias de los cenobitas y en las que parecían particulares de los anacoretas. A esta tan elevada perfección no llegó sin sostener grandes combates, porque el demonio le atacó con violentas tentaciones; pero, fortalecido por la gracia del Señor, tuvo siempre la gloria de triunfar de ellas. Habíase para esto ejercitado durante muchos años en una muy austera penitencia; y no sintiendo ya finalmente aquellas tentaciones, creyó estar completamente libre de ellas. Dios que le había ya comunicado el don de los milagros, quiso enseñarle por mediación de un ángel, que era todavía una cosa algo mayor el llegar á una entera pureza de corazón y cuerpo, y que era preferible al poder de echar los demonios de los energúmenos y penetrar el porvenir.

El abad Nestoros contó también á Casiano y á Germano esta aparición: « El santo hombre Pafnucio, dice, habiendo pasado muchos años en una tan rigurosa austeridad, que se encontraba enteramente desatado de los lazos de la concupiscencia, porque siempre llevaba la ventaja en los ataques del demonio, que le habían dado mucha pena du-

rante largo tiempo, sucedió que algunos solitarios fueron á verle y que queriendo prepararles algo que comer, la llama salió con impetuosidad del horno y le quemó la mano. Este accidente le causó una gran tristeza, y se dijo á sí mismo: « ¿ No puedo yo pues resistir la violencia del fuego, aun cuando he resistido la del demonio que es mucho mayor? »

Mientras recapitaba en su espíritu este pensamiento y otros semejantes, quedó como adormecido por el tedio y la tristeza, y en este adormecimiento se le apareció un ángel, y le dijo: « ¿ Porqué os afligís de que el fuego de la tierra os atormente todavía, si la concupiscencia que reside en vuestra carne no está aun en ella del todo destruida? Mientras quede en vuestro corazón alguna raíz de ella, este fuego material podrá obrar sobre vos. » Pafnucio, vuelto de su adormecimiento, dijo: « Yo no me admiro ya de que habiéndome Dios sacado victorioso de los demonios, me vea sin embargo obligado á ceder al fuego material que creía menos violento y fuerte que aquellos espíritus. Se requiere una mayor virtud y una gracia más sublime para extinguir en sí todos los movimientos de la carne, que para rechazar los ataques del demonio y para arrojarlos, aunque sea por la virtud de Jesucristo, de los cuerpos que poseen. »

Aun cuando el abad Pafnucio no buscaba sino ocultarse, y todo su afán era vivir solo con Dios, este soberano dispensador de las gracias habíale comunicado algunas con abundancia para la autoridad de sus hermanos, y no habría sido justo que las hubiera conservado para él solo; así que fué ordenado de sacerdote, y encargado de la iglesia principal de Sceté, después del gran Isidoro, al cual sucedió en las funciones del sagrado ministerio. No se mostró menos perfecto en el ejercicio de su orden de lo que lo había hecho siendo simple religioso. Enseñó tanto con su ejemplo cuanto con sus exhortaciones y llenó los deberes del sacer-

docio enteramente, sin relajarse en los de su estado de monge.

Tenia noventa años cuando Casiano fué á verle en Sceté y este autor observa que en esta edad no habia dejado la celda en la que habia entrado desde joven; y aun cuando estaba á dos leguas de la iglesia, no habia querido tomar otra más cercana. Sin embargo por esta causa se veia obligado á hacer un largo camino para ir á ella los sábados y domingos, lo cual en su edad no podia dejar de ser muy penoso. Pero lo que todavia prueba más su espíritu de mortificacion y su amor á la penitencia es que volviendo en seguida á su celda, despues de haber llenado sus funciones, llevaba sobre sus espaldas un cántaro de agua para su provision de la semana sin querer permitir que los jóvenes solitarios le aliviasen de un tan penoso trabajo.

Casiano advierte tambien que frecuentemente habia sido favorecido con el don de profecia; pero añade que habiendo escogido al abad Daniel para sucederle en su ministerio, y habiéndole hecho ordenar por esto de sacerdote, Dios no le manifestó sus designios en esta ocasion, y tuvo el dolor de ver morir á este discípulo, al cual amaba particularmente á causa de su gran piedad y profunda humildad.

Si aquel le dió mucho consuelo por su piedad, hubo otro que le afligió grandemente por su desercion hasta que finalmente volvió al buen camino. Aquel mal discípulo de un tan gran maestro, muy lejos de aprovecharse de sus consejos y correcciones, prestó su corazon al demonio de la incontinencia; y finalmente dejándose dominar del todo de él, abandonó la soledad y se retiró al mundo en donde se casó. Estaba reducido á una extrema miseria cuando Pafnucio habiendo ido por casualidad á la ciudad en que moraba, le encontró en su camino sin conócerle; pero reconociéndole el otro se acercó a él y le dijo quién era. El buen viejo se puso á gemir viéndole en un estado tan de-

plorabile para su alma y para su cuerpo, y le exhortó á que tomase de nuevo el que tan cobardemente habia abandonado: ¿ Hay alguna esperanza para mi? » le dijo aquel desdichado. — « Sí, » le respondió el viejo. Al instante le siguió y despues fué un muy buen religioso.

Casiano permaneció en el desierto de Sceté bajo Pafnucio á fines del siglo iv. Él le atribuye la tercera de sus conferencias en la cual le hace hablar sobre la triple renunciacion de un solitario. El deseo, dice él, que sentíamos al ver á un hombre tan grande, y de recibir sus santas instrucciones apretándonos más y más, fuimos á encontrarle en su celda hácia el fin del dia, y habiéndonos recibido, permaneció algun tiempo en el silencio y recogimiento, despues de lo cual alabó mucho la resolucion de que dabamos muestras, de renunciar por el amor de Jesucristo nuestro pais y conformarnos con la muy austera vida de los habitantes de aquella soledad. Nosotros interrumpimos su discurso para decirle que nos habíamos tomado la libertad de venirle á ver para recibir de él algunos santos consejos, sabiendo cuán esclarecido estaba en su vida perfecta y le suplicamos que nos dijese más bien lo que podia llevarnos á una sincera humildad, y á la compuncion del corazon, que lo que solo podia servirnos para alimentar la vanidad y la complacencia, de las que le confesamos que éramos algunas veces tentados en el secreto de nuestras celdas.

« Entonces entró en discuro y nos dijo que en la vida solitaria podian distinguirse tres clases de vocaciones, y al mismo tiempo tres clases de renunciaciones que son necesarias á un religioso, de cualquier modo que Dios le llame.

« Despues se estendió sobre las tres vocaciones, y luego sobre la triple renunciacion. Dijo que la primera vocacion es cuando Dios nos llama inmediatamente por sí

mismo, cuando con sus divinas inspiraciones nos toca el corazón, y cuando, hallándonos en un profundo letargo, nos despierta de golpe, nos hace amar nuestra salvación, nos inspira el deseo y el amor de la vida eterna, nos exhorta á seguir á Dios y á esto nos lleva por una saludadable compuncion. De esta manera llamó Dios á sí al gran Antonio porque habiendo oido aquella palabra del Evangelio: *Si quieres ser perfecto vende cuanto tienes dalo á los pobres, ven luego despues de mi, y sigueme*, (Mat. tth. 13.) fué atravesado por ellas hasta el corazón y creyó que est mandamiento de Dios se dirigia particularmente a él.

« La segunda vocacion se hace por mediacion de los hombres cuando el ejemplo de los santos ó sus instrucciones nos mueven y nos inflaman con el deseo de nuestra salvacion, y de este camino, añadia él, reconozco yo que la gracia de Dios se ha querido servir para llamarme á sí, habiéndome tocado otras veces tan fuertemente por las virtudes y palabras de aquel gran santo del que acabamos de hablar, que en seguida abracé la profesion religiosa, y me sacrificué á la vida que él habia escogido.

La tercera vocacion es aquella que puede decirse estar mezclada de una especie de necesidad ó violencia, como sucede cuando en medio de las riquezas y placeres del mundo que ocupan todo nuestro corazón, nos encontramos sorprendidos y de repente bajo el peso de algun funesto accidente, y que viéndonos así heridos, ó por un gran peligro que nos amenaza, ó por la perdida de nuestros bienes, ó por la muerte de las personas que nos son más queridas, nos vemos obligados en algun modo por la adversidad á arrojarnos en brazos de Dios al cual habíamos despreciado en nuestra prosperidad. »

El abad Pafnucio daba de esta manera las reglas por las cuales podian reconocerse las vocaciones distinguiendo los diversos modos con que Dios llama á la religion, pero

añadió una instruccion que es digna de ser notada; y es que sucede algunas veces que los que son llamados á Dios de la más noble manera degeneran despues mientras que los otros salen mejor, lo cual debe servir para alentar á estos é inspirar á los demás un humilde temor y una santa desconfianza de sí mismos.

« Aun cuando de estas tres diferentes clases de vocaciones, dice él, las dos primeras parecen tener un principio y un origen más puro y perfecto, hay á veces algunas personas las cuales no habiendo sido llamadas á servir á Dios sino por este tercer grado de vocacion, que es el más imperfecto, luego se han elevado al más alto punto de perfeccion, y han adquirido un tan gran fervor de espíritu y de piedad, que han igualado con su virtud á los que habian sido llamados más perfectamente. Por el contrario hemos visto otros los cuales, desde aquel alto grado de vocacion, han caido en la flojedad y han terminado mal su carrera que tan santamente habian comenzado. »

Despues de haber hablado de estas tres vocaciones, el abad Pafnucio pasa á la tercera renunciacion del solitario, y dice que hay tres cosas á las que debe renunciar el solitario, á saber: á los bienes, a sí mismo y á todas las cosas visibles. « Dios nos enseña á hacer estas tres especies de renunciaciones por lo que dijo al principio á Abrahan. Sal, le dijo, *de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre* (Gen. 12). *Sal de tu tierra*, esto es, deja los bienes de este mundo y todas las riquezas de la tierra. *Sal de tu parentela*, esto es, de tu vida ordinaria y de aquellas inclinaciones malas y viciosas las cuales, pegandose á nosotros con nuestro nacimiento y con la corrupcion de la carne y sangre se han como connaturalizado, y han venido á hacerse como una misma cosa con nosotros mismos. *Sal de la casa de tu padre*, esto es, pierde la memoria de todas las cosas de este mundo y de todo lo que se presente á tus ojos.